
Para una crítica del capitalismo ampliado: un diálogo entre las teorías de la reproducción social y el feminismo materialista

Luisina Bolla

CINIG-IdIHCS-FaHCE-UNLP/CONICET

luisinabolla@gmail.com

For a Critique of Expanded Capitalism: a dialogue between the theories of social reproduction and materialist feminism

Para uma Crítica do Capitalismo Ampliado: um diálogo entre as teorias da reprodução social e o feminismo materialista

Fecha de recepción: 9 de noviembre de 2024

Fecha de aprobación: 25 de agosto de 2025

Resumen

Este artículo propone una lectura comparada de dos teorías feministas contemporáneas que desarrollan nuevos análisis del capitalismo: la teoría de Nancy Fraser, basada en el concepto de capitalismo caníbal, y la de Christine Delphy, que busca construir una teoría general de la explotación. Ambos análisis muestran la necesidad de desbordar (o ampliar) el marxismo clásico para visibilizar otras formas de explotación/dominación, que se conceptualizan como bases no reconocidas del proceso de producción económico o bien como relaciones sociales estructurales. A partir de este análisis, nos interesa mostrar las convergencias entre el enfoque feminista posmarxista o postsocialista de Fraser y el enfoque feminista materialista de Christine Delphy, pero también las distancias que motivan la autoadscripción de sus respectivas formuladoras en diferentes corrientes, igualmente situadas dentro de los feminismos anticapitalistas (no liberales). Ello permitirá, al final del recorrido, trazar un contrapunto entre las teorías de la reproducción social y los feminismos materialistas en Francia, diálogo escasamente abordado a la fecha, que amerita –según argumentaremos– un análisis específico sobre los modos en que se entienden las bases materiales de la opresión capita-

lista y sus mecanismos de funcionamiento.

Palabras clave: capitalismo ampliado, reproducción social, feminismo materialista, feminismo marxista, teoría general de la explotación

Abstract

This article proposes a comparative reading of two contemporary feminist theories that develop new analyses of capitalism: Nancy Fraser's theory, based on the concept of cannibal capitalism, and Christine Delphy's theory, which seeks to construct a general theory of exploitation. Both analyses highlight the need to transcend (or expand) classical Marxism to make visible other forms of exploitation/dominance, which are conceptualized either as background conditions of the economic production process or as structural social relations. Based on this analysis, we aim to show the convergences between Fraser's post-Marxist or post-socialist feminist approach and Christine Delphy's materialist feminist approach, but also the distances that motivate their self-identification within different currents, all situated within anti-capitalist (non-liberal) feminisms. Ultimately, this will allow us to draw a contrast between the theories of social reproduction and materialist feminisms in France, a dialogue that has been scarcely addressed to date and which, as we will argue, warrants a specific analysis of how the material bases of capitalist oppression and their mechanisms of operation are understood.

Keywords: expanded capitalism, social reproduction, Materialist feminism, Marxist feminism, general theory of exploitation

Resumo

Este artigo propõe uma leitura comparada de duas teorias feministas contemporâneas que desenvolvem novas análises do capitalismo: a teoria de Nancy Fraser, baseada no conceito de capitalismo canibal, e a de Christine Delphy, que busca construir uma teoria geral da exploração. Ambas análises mostram a necessidade de ultrapassar (ou ampliar) o marxismo clássico para visibilizar outras formas de exploração/dominação, que são conceitualizadas como bases não reconhecidas do processo de produção econômico ou como relações sociais estruturais. A partir dessa análise, nos interessa mostrar as convergências entre a abordagem feminista pós-marxista ou pós-socialista de Fraser e a abordagem feminista materialista de Christine Delphy, mas também as distâncias que motivam a autoadscrição de suas respectivas formuladoras em diferentes correntes, igualmente situadas dentro dos feminismos anticapitalistas. Isso permitirá, ao final do percurso, traçar um contraponto entre as teorias da reprodução social e os feminismos materialistas na França, um diálogo pouco abordado até o momento, que

justifica –como argumentaremos– una análise específica sobre os modos como se entendem as bases materiais da opressão capitalista e seus mecanismos de funcionamento.

Palavras-chave: capitalismo ampliado, reprodução social, feminismo materialista, feminismo marxista, teoría general da exploração

Introducción

En los últimos años, el encuentro entre feminismos y crítica del capitalismo se ha nutrido de nuevas perspectivas que han despertado un interés renovado a lo largo y ancho de diferentes territorios. Muchos debates que, en los setenta, ocupaban el centro de atención y que, en la década del noventa, si bien no se habían desvanecido, se habían desplazado a los márgenes, recuperaron un protagonismo en la agenda de discusión pública. De la mano de las movilizaciones internacionales masivas como el 8M, así como de la circulación de nuevos escritos, reediciones y traducciones, la importancia económica y social de los múltiples trabajos realizados por las mujeres (por caso, el trabajo doméstico no remunerado), el valor de estos trabajos y su importancia para la acumulación capitalista y el funcionamiento del sistema en su conjunto, vuelven a posicionarse en el centro de la escena. Diferentes corrientes y tendencias, muy variadas entre sí, como las teorías de la reproducción social, las economías feministas, los feminismos materialistas, algunas vertientes de los feminismos indígenas y decoloniales y ciertas derivas de los “cuidados” –más vinculadas a las economías feministas que a los enfoques diferencialistas–, muestran la necesidad de transformar las bases materiales de la opresión sexista: la apropiación de los cuerpos construidos como “mujeres”, la extorsión de sus trabajos, el esfuerzo –igualmente resistido– por capturar sus tiempos y sus proyectos.

Con el interés de aportar a esos debates, este trabajo plantea una lectura comparada de dos teorías feministas contemporáneas que proponen una comprensión *ampliada* del capitalismo: la teoría de Nancy Fraser, por un lado, basada en el concepto de “capitalismo canibal”; y la elaboración de Christine Delphy, desarrollada en el marco de una teoría general de la explotación, por el otro. Ambas muestran la necesidad de desbordar el prisma tradicional del marxismo clásico en aras de una comprensión más profunda de otras formas de explotación/dominación, que se conceptualizan como bases no reconocidas del proceso de producción económico, o bien como relaciones sociales estructurales, según veremos.

Es importante advertir que la expresión “capitalismo ampliado” no alude a la expansión o proyección de las dinámicas propias de ese sistema por

sobre las tramas no económicas de la vida (como identificaron las primeras elaboraciones de la teoría crítica). No designa la mercantilización de la cultura o la reificación del mundo, sino que propone más bien un gesto inverso, que muestra los límites de la tendencia a la mercantilización para evidenciar las bases ocultas de la producción: aquello que el sistema no mercantiliza porque sencillamente es apropiado; aquello que no se intercambia porque se le escatima previamente su valor. En otras palabras, la *ampliación* remite a la dependencia estructural del sistema económico de otras regiones (con gramáticas propias y normativas específicas) que, aunque relegadas como “periferias” de la acumulación, constituyen la base del iceberg, por decirlo metafóricamente.

Entender el capitalismo de modo ampliado supone, entonces, su redefinición, ya no como una forma de organización económica, sino como un orden social institucionalizado que delimita y diferencia ámbitos: producción/reproducción, explotación/expropiación, sociedad/naturaleza no humana, economía/política (Fraser, 2022). De allí que tanto Fraser como Delphy consideren que la lucha (necesaria) por la socialización de los medios de producción resulta insuficiente si no se acompaña de luchas (en plural) capaces de cuestionar y retrazar aquellas fronteras institucionalizadas por el capitalismo.

Al cabo de este análisis, mostraremos las convergencias entre el enfoque feminista “posmarxista” o “postsocialista” de Fraser y el enfoque “feminista materialista” de Christine Delphy, pero también –y de modo central– las distancias que motivan la autoadscripción de sus respectivas formuladoras en diferentes corrientes, igualmente situadas dentro de los feminismos anticapitalistas (no liberales). Ello permitirá, al final del recorrido, proponer un contrapunto entre las teorías de la reproducción social –representadas en este caso por Fraser– y los feminismos materialistas en Francia –dentro de los que se inscribe Delphy–, que suelen ser confundidos o asimilados sin más en muchos análisis contemporáneos.

1. Capitalismo y antropofagia desde una perspectiva feminista, ecologista y antirracista: la propuesta de N. Fraser

Nancy Fraser es una de las principales exponentes de la filosofía social y política contemporánea, así como la creadora de una de las versiones más interesantes del feminismo (post)socialista contemporáneo. Desde sus primeros trabajos, en polémica con autores del campo filosófico como John Rawls, Jürgen Habermas, Richard Rorty, Charles Taylor o Axel Honneth, Fraser muestra la necesidad de elaborar una teoría de la justicia bidimensional que se tridimensionaliza en el transcurso de sus trabajos posteriores y que mantiene en el centro la idea normativa de “paridad participativa” (Fraser &

Honneth, 2006). Desde este marco, propone comprender al género no solo como una categoría de "reconocimiento", sino dentro del paradigma de la "redistribución". Por decirlo rápidamente, en sus primeros trabajos Fraser sostenía que el "género" no solo implica mayor discriminación, menor credibilidad, peor *estatus* ("identidades despreciadas"), sino que también supone ocupar una determinada posición en la división del trabajo: tener la carga (o la responsabilidad) de ejecutar (o gestionar) el trabajo doméstico no remunerado y el trabajo de cuidados, lo que repercute sensiblemente sobre las posibilidades de acceder al trabajo remunerado (como recuerdan y muestran permanentemente, con datos y estadísticas, los informes e investigaciones del campo de las economías feministas). De allí que sea necesario combatir *simultáneamente* contra las injusticias "de reconocimiento" (expresadas, por ejemplo, en las llamadas "políticas de la diferencia") y "de redistribución" (distribución igualitaria de los recursos y capacidades). A la base de su análisis, por tanto, encontramos una profunda crítica del sistema capitalista que pone de relieve sus transformaciones históricas y la necesidad de su transformación/erradicación como única forma de resolver las desigualdades estructurales.

A partir de su obra *Escalas de justicia* (2008), y a raíz de algunas críticas, Fraser propondrá una tercera dimensión de la justicia, la "representación" o lo político, que supone la posibilidad de constituirse como un sujeto (o un grupo) capaz de presentar reclamos, incluso, de reconocimiento o distribución. Por eso, se trata de una dimensión metapolítica, porque implica la pregunta por el *quién* y ya no por el *qué* de la justicia. Si, antiguamente, la filosofía política dio por sentados los sujetos de la justicia –los ciudadanos de un Estado-nación–, en el mundo actual resulta indispensable construir un enfoque más adecuado. Por un lado, porque muchos/as/es habitantes del Estado-nación no son considerados "personas" y quedan, por tanto, fuera de los marcos de justicia. Por otro lado, y este es el sentido fundamental que Fraser da a la "tercera dimensión", porque en el mundo global (postwestfaliano) muchas de las injusticias ya no dependen de los Estados-nación territoriales modernos, sino que suceden en el espacio de flujos y transacciones transnacionales, con fronteras sumamente difusas y escalas mucho más amplias que las de la filosofía política tradicional. La interpelación que trae una teoría como esta, cuando se la relea desde la Argentina, es tan fuerte que no podría abordarse en el marco de este artículo; por ello, nos limitamos a dejarla planteada, a modo de contextualización del propio "marco" en que Fraser está produciendo y reconstruyendo sus análisis.

A los fines del presente artículo, nos concentraremos en su última obra, *Cannibal Capitalism* (Fraser, 2022), que constituye una crítica a la visión es-

trecha [*narrow view*] del capitalismo desde una visión ampliada de los procesos de producción y acumulación. Coincide así, parcialmente, con los análisis de María Mies (a quien se refiere en su obra), que podríamos vincular, por extensión, con los enfoques convergentes de Silvia Federici y Leopoldina Fortunati. Como mostraremos a continuación, Fraser retoma sus análisis previos, especialmente, las tesis recogidas en *Los talleres ocultos del capital* (2020); pero, fiel a su estilo de recuperación y profundización, sistematiza los argumentos y los reúne en un nuevo volumen que, por su contundencia y relativa facilidad de lectura, manifiesta la intención de desbordar los límites de la academia para llegar a diferentes lectoras/es.

1.1 Las pre-condiciones del capitalismo: reproducción, expropiación, destrucción

La tesis de Fraser sostiene que existen cuatro precondiciones no económicas del capitalismo que constituyen el *sine qua non* de la acumulación y de la producción económica capitalista¹. Propone, así, una concepción *ampliada* del socialismo, que no solo interroga procesos ligados directamente al capital (explotación de la fuerza de trabajo asalariada), sino también procesos que, aunque *parecen* periféricos, son constitutivos del capitalismo (así como lo “abyecto” define, por contraposición, lo “normal”). Estos son los siguientes:

- 1) la reproducción social (según han mostrado, desde hace décadas, las teorías feministas, desarrolladas –entre otras– por la propia Fraser y que constituyen uno de los marcos teóricos clave de su abordaje)². Comprende las formas de aprovisionamiento, de cuidado y de interacción que producen y sostienen los lazos sociales, incluyendo el trabajo de procreación, los cuidados (pagos y no pagos), el llamado trabajo afectivo y, de manera más general, la subjetivación (Fraser, 2022, p. 55);
- 2) la riqueza expropiada; que se refiere a la expropiación de grupos subyugados e incluye el trabajo de personas racializadas, la apropiación de recursos “naturales”, minerales, tierras (es decir, la apropiación de riquezas de países o territorios dominados). Fraser integra aquí la dimensión que, en nuestro entorno, suele nombrarse como “colonialidad” y que abarca procesos de “acumulación primitiva” que, lejos de ser solo

1- Al decir que son “no económicas” o “preeconómicas”, se refiere a su exclusión de la esfera del valor reconocido y de la economía formal; busca distinguir, de este modo, entre *condición* de valor y *producción* de valor, según veremos luego.

2- Algunos marxistas heterodoxos, paradigmáticamente, Louis Althusser, ya habían señalado que ninguna producción es posible sin la reproducción de las condiciones sociales necesarias para llevar a cabo tal producción, focalizando la importancia de los procesos de subjetivación. Sobre la importancia incómoda y paradójica de Althusser para los feminismos, cf. Bolla (2017).

“originarios”, se perpetúan y reproducen hasta la actualidad;

3) las condiciones ecológicas naturales, consideradas por Marx como “*free gifts*” o dones de la naturaleza no humana; estas conforman el sustrato material indispensable de la producción capitalista (materia prima, energía, aire respirable, agua potable, tierra cultivable, atmósfera);

4) una amplia gama de bienes públicos garantizados por el Estado, legalmente: el respeto por la propiedad privada, los contratos, el libre intercambio, fuerzas represivas que garanticen la apropiación dentro y fuera del territorio, provisión de dinero y monedas, infraestructura de transporte y comunicación, etcétera. Sin estos bienes públicos, no habría orden social, por tanto, no serían posibles el intercambio ni la acumulación sostenida³.

En suma:

Detrás de las instituciones oficiales del capitalismo –trabajo asalariado, producción, intercambio y finanzas– están sus soportes necesarios y sus condiciones de posibilidad: familias, comunidades, naturaleza; Estados territoriales, organizaciones políticas y sociedades civiles; también, y no menos importante, cantidades inmensas y múltiples formas de trabajo no remunerado y expropiado (Fraser, 2023, pp. 215-216)⁴.

La principal tesis de Fraser es que el capitalismo no solo se apoya en estas cuatro precondiciones –que, como ya anticipamos, lejos de ser accesorias o periféricas, constituyen el *sine qua non* de la producción económica reconocida– sino que, además, el capitalismo tiende a *fagocitar* o canibalizar sus propias condiciones de existencia, en una suerte de recursividad autofágica que Fraser plasma en la imagen que ilustra la tapa del libro, tanto en su edición original inglesa como castellana: el uróboro.

Del griego ούπά, “cola”, y βόπος, “que come”, la serpiente que se muerde la cola representa el carácter eminentemente (auto)destructor del capitalismo. El uróboro aniquila aquello que lo constituye, lo que lo nutre y posibilita su ser, y en ese proceso pone en riesgo el mundo, la vida, desde un movimiento cíclico permanentemente reiniciado.

3- Ideas que había explorado previamente en un artículo titulado: “Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism” (Fraser, 2015) y en el capítulo 6 de *Los talleres ocultos*, “La crisis de la democracia como crisis capitalista. Sobre las contradicciones políticas del capitalismo financiarizado” (Fraser, 2020).

4- Para una primera aproximación a la propuesta de Fraser, puede consultarse la conferencia que brindó la filósofa en la *New School for Social Research de New York*, que sintetiza su teoría del capitalismo ampliado: <https://www.youtube.com/watch?v=mspr7LIP8NY>

Es importante advertir que la idea del “canibalismo” que Fraser elige no es azarosa. También trae consigo una apuesta anticolonial explícita ya que, precisamente, como ella misma recuerda al comienzo de su libro, el canibalismo fue una de las tradicionales atribuciones que pretendió “legitimar” la esclavización de las poblaciones africanas y –lo añadimos porque Fraser no lo menciona– también la invasión colonial de nuestro continente. Al presentar a la gente de África y a los/las habitantes originarios de Abya Yala como salvajes, incapaces de un orden cultural *a la europea*, se apelaba a las prácticas de antropofagia como una salida justificatoria a la violencia de la “conquista”. Por eso, invertir la acusación supone mostrar la verdadera faz de esa Europa pretendidamente “moderna” que proyecta sobre otros, otras, otrxs la imagen de su propio rostro⁵. Permite mostrar, por decirlo brevemente, que la “barbarie” no es el otro, sino el “Uno” occidental.

“Canibalizar”, en otra acepción específica, implica nutrirse de algo ajeno para aumentar la propia potencia. Así, Fraser (2022) recuerda que, en astronomía, esta denominación se utiliza para referirse al fenómeno por el cual un objeto celeste incorpora masa de otro cuerpo a partir de la atracción gravitacional. Un sentido similar se atribuye, de manera más general, en el uso del verbo inglés *to cannibalize*, que significa quitar una parte (o algo) de un elemento o conjunto para hacer funcionar otro⁶. Este es, advierte la autora, el significado exacto del capitalismo canibal, que expropia trabajos gratuitos, tierras, recursos y bienes públicos para hacer funcionar un mercado que, paradójicamente, al tiempo que se incrementa, fortalece también su propia aniquilación.

Dado que la explotación de trabajos domésticos no reproductivos y de cuidados, la expropiación de grupos racializados (y sus cuerpos y territorios, o cuerpos-territorios, al decir de las feministas comunitarias) y la apropiación de la “naturaleza” han sido más abordados, tanto por la propia Fraser en obras anteriores, como por numerosas autoras y autores feministas, poscoloniales, decoloniales, ecologistas y marxistas heterodoxos (Fraser se basa, especialmente, en el llamado “marxismo negro”, como DuBois o Williams), nos detendremos en el último aspecto identificado por Fraser. Se trata de la cuarta precondition (por orden de presentación en la obra, lo que no responde a una

5- “So there’s a certain satisfaction in turning the tables and invoking it here as a descriptor for the capitalist class -a group, this book will show, that feeds off everyone else” (Fraser, 2022, p. 13).

6- Según la definición del diccionario inglés Cambridge: “tomar partes de una máquina o vehículo para hacer o reparar otra máquina o vehículo”; o, en marketing, “provocar una reducción en las ventas de un producto existente al empezar a vender un nuevo producto o servicio” (por ejemplo, la caída de ventas de diarios impresos a causa de la tendencia a leer las noticias en soportes digitales).

primacía ontológica, ni tampoco parece en principio designar prioridades cronológicas): la canibalización de bienes públicos asegurados por el Estado.

El capitalismo requiere de la forma del Estado-nación para afianzarse no solo en su génesis histórica, sino en la actualidad. Sin caminos y autopistas, sin un sistema de transporte, sin el aparato represivo para amenazar e intentar levantar un piquete o la toma de una fábrica, sin *leyes*; particularmente, sin una constitución que asegure la propiedad privada, la justa propiedad de los títulos y la legitimidad de las transacciones y transferencias, no sería posible el orden capitalista. Y, aun así, este tiende a debilitar el orden público. Por mencionar solo un ejemplo, los grandes grupos de poder evaden impuestos o buscan anularlos en función de su interés inmediato por la acumulación.

A esto Fraser lo denominaba la “contradicción política del capitalismo”: el poder público legítimo y eficaz es una condición de posibilidad para la acumulación sostenida de capital, pero el impulso del capitalismo hacia una acumulación sin límites tiende a desestabilizar con el tiempo los poderes públicos de los que depende. Desde este punto de vista, la crisis democrática actual es una hebra de la crisis capitalista, cuyos contornos más amplios proporcionan la clave para su resolución (Fraser, 2020, p. 121).

La eficacia del sistema consiste en escindir, falazmente, un plano considerado “económico” de otro plano denominado “político”. Se presentan como si fueran territorios aislados, incluso en pugna; se encubre el carácter político del capitalismo, su dependencia de los poderes públicos “no económicos”. De ese modo, lo que se asegura es el control de las grandes corporaciones y de las burguesías nacionales de las riquezas, bienes y productos. Bajo pretexto de que se toman decisiones meramente “económicas”, se expropia a los grupos implicados (o afectados) la capacidad de decidir al respecto, alimentando un proceso de acumulación donde la deuda constituye el motor central (Fraser, 2022). Por eso, afirmará Fraser, el capitalismo es por su propia naturaleza antidemocrático. Nos impide pensar de qué modo queremos producir, cuánto queremos producir y cómo queremos repartir el producto de esa producción.

El capitalismo, concluye la autora, no es solo un sistema económico. Por eso, ir más allá del capitalismo como mera economía implica hacer visibles sus sustratos, sus condiciones de posibilidad. Ello conduce a una suerte de paradoja: “Se trata de *un único orden social*, pero que no posee una lógica unitaria (por ejemplo, la valorización o la mercantilización) sino *lógicas diversificadas conforme divisiones institucionales* que portan también diferentes criterios normativos” (Martín, 2020, p. 175). En otras palabras, el capitalis-

mo es, para Fraser, un *orden social institucionalizado* no homogéneo donde, junto con la explotación, coexisten e interactúan diferentes formas de apropiación y expropiación irreductibles, con gramáticas, normativas y ontologías propias. Lejos de desembocar en un relativismo o en una perspectiva fragmentada, el análisis de Fraser propone la construcción de una mirada integral, capaz de reunir dentro de un marco único *todas* las opresiones, contradicciones y conflictos de la presente coyuntura (2022, p. 15), enlazadas por el hilo común del anticapitalismo, que proporciona la clave para enfrentar las crisis actuales.

2. El feminismo materialista de Delphy: una teoría general de la explotación para ir más allá del plusvalor

Dirigimos ahora la atención hacia otra propuesta feminista crítica del capitalismo: los desarrollos teóricos recientes de Christine Delphy, una de las creadoras y representantes del llamado “feminismo materialista” en Francia, o “feminismo radical materialista” (según la denominación original). Esta corriente se caracteriza por retomar los conceptos generales del materialismo histórico (lucha de clases, dialéctica, modo de producción, etcétera) para construir un nuevo marco teórico capaz de dar cuenta (y de luchar contra) la opresión de las mujeres. La tesis distintiva del feminismo materialista sostiene que las mujeres constituyen una “clase social de sexo” (que no está determinada ni biológica, ni culturalmente) que se construye de manera dialéctica (no es preexistente) al antagonismo con otra categoría social: el grupo social (o clase) de los varones. La biología, en este enfoque, no cumple absolutamente ningún papel, ya que se trata de grupos constituidos por relaciones sociales estructurales (*rappports sociaux*) con independencia de cualquier genitalidad, cromosoma, etcétera.

Críticas implacables del feminismo “de la diferencia”, que reivindicaba – en la misma época– la especificidad “femenina” y llamaba a reencontrar la esencia de la “Mujer” oculta por los discursos falogocéntricos, las feministas materialistas en Francia bregaron por la destrucción de las categorías de “sexo”, al entender que “mujer” constituye un sitio de opresión, el nombre mismo de la opresión, y no la liberación. De hecho, una de las principales teóricas del feminismo materialista fue precisamente Monique Wittig, fundadora del “materialismo lésbico” (1992), quien llevó estas afirmaciones a sus máximas consecuencias al hablar de la necesidad de una “fuga” de las categorías de sexo (así como los y las esclavas cimarrones abandonaban las plantaciones para vivir en comunidades libres, las lesbianas eran fugitivas del régimen político heterosexual).

El rasgo definitorio del feminismo materialista en Francia (o francés, o fran-

cófono) es precisamente su relectura heterodoxa y creativa del materialismo histórico, que lo vuelve a la vez *deudor* y *crítico* del marxismo. Por eso, en un ensayo de 1990, titulado “Homo sum”, Wittig se refería a los “anacronismos del capital”:

al resumir todas las oposiciones sociales en términos de lucha de clases —y de una única y precisa lucha de clases—, Marx y Engels han reducido todos los conflictos a dos términos. Se produce aquí una operación de reducción que ha dejado de lado toda una serie de conflictos que eran calificados como «anacronismos del capital». El racismo, el antisemitismo y el sexismo quedaron excluidos del campo de la reducción marxista. Y sin embargo la teoría del conflicto que han generado estos «anacronismos» podría describirse como un paradigma de opresión transversal a todas las «clases» marxistas (Wittig, 2006, pp. 74-75).

El fragmento citado muestra, justamente, el núcleo de la crítica del feminismo materialista, que cuestiona al marxismo por haberse focalizado en *uno* de los antagonismos sociales, en una de las formas de la lucha de clases (burguesía/proletariado), desplazando o invisibilizando otros antagonismos estructurales, en particular, el sexismo, pero también el racismo. Tal reduccionismo desembocaba, a su vez, en una subsunción o una postergación —evidente, por ejemplo, en la teoría de Engels (De Miguel, 2005)—, ya que se entendía que aquellas eran luchas secundarias que se resolverían automáticamente una vez fundada la sociedad comunista. En palabras de Wittig: “Se suponía que todo conflicto que no pudiera reducirse a los dos términos de la lucha de clases se solucionaría tras la toma del poder por el proletariado” (2006, p. 75).

Al priorizar la clase social como fundamento último de todas las demás formas de opresión (relegadas a título de “anacronismos”), los análisis marxistas dejaban en las sombras otros procesos profundos, estructurales y mayoritarios de expropiación, explotación y dominación:

en lo referente al orden mundial, aquello que Marx denominaba los «anacronismos del capital» del mundo industrial afectan a una enorme masa de personas diferentes, la mitad de la humanidad cuando hablamos de las mujeres, los colonizados, el tercer mundo, el cuarto mundo⁷ y los campesinos en el mundo industrializado (Wittig, 2006, p. 76).

7- Aclara Wittig en nota al pie: “Aportamos aquí la noción de «cuarto mundo» utilizada en Europa para designar a aquellas personas que viven en la pobreza en el mundo industrializado occidental” (p. 76).

Es importante advertir que las feministas materialistas no abandonaron el marco epistemológico del materialismo histórico; por el contrario, lo retomaron y complejizaron para poder comprender y nombrar otras formas de opresión que no se reducen a la explotación marxista tradicional, analizada a través de la categoría de plusvalor. De allí que la apuesta de Wittig fuera, precisamente, “dialectizar la dialéctica” (1992), es decir, cuestionar los principios de aquello que se considera “el principio” (por ejemplo, qué se considera “opuestos” y qué no, qué se considera “clase” y qué no) y su funcionamiento.

Precisamente, hacia allí convergen los últimos ensayos publicados de Delphy, dos de ellos reunidos en un pequeño volumen denominado *Para una teoría general de la explotación* que, lamentablemente, aún no se encuentra traducido al castellano. Sintetizando sus argumentos, Delphy cuestiona dos dogmas que forman parte de lo que llama el “positivismo marxista” (Delphy, 2015, pp. 94 y ss.). El primer dogma sostiene que el capitalismo ha absorbido de manera definitiva todos los modos de producción previos (feudal, esclavista), similar a aquello que denunciaba Wittig mediante la categoría de “anacronismos”. El segundo dogma, argumenta Delphy, sostiene que alcanza con la teoría del plusvalor para explicar cabalmente la explotación.

Respecto a este segundo postulado, Delphy cuestionará sobre todo la *generalización*, es decir, la universalización de la plusvalía como única medida de explotación o como *forma general* de la explotación capitalista. Para la socióloga francesa, es necesario particularizar (aunque no abandonar, por supuesto) la forma de explotación asalariada que consiste, como es sabido, en la diferencia entre el salario que recibe el/la trabajador/a (valor de la fuerza de trabajo) y el valor que produce su trabajo, que queda en manos del capitalista. La plusvalía, sostiene Delphy, es una *modalidad* de la explotación, pero no la única.

Reiterando críticas que ya había desarrollado, por lo menos, desde comienzos de la década de 1980, Delphy cuestionará esta tradición del positivismo marxista (a la que antes nombraba, en términos incluso más polémicos, como “marxismo deformado” o “marxología”) por su renuencia a interpretar la realidad actual. En otras palabras, por sustituir el *explicandum* por el *explicans*, lo que hay que explicar, el fenómeno concreto (cierto modo de explotación de un grupo) por la explicación teórica (el modelo explicativo o *explicans*). Coincide aquí con Fraser, anticipamos, en la *forma* de una crítica a las vanguardias o élites intelectuales, incluso de izquierda; es decir, en el cuestionamiento de una “expertocracia” que define problemas centrales y secundarios, de manera monológica.

La tradición del positivismo marxista ha decretado, argumenta Delphy, la primacía de la contradicción capital/trabajo y del antagonismo de clase (en sentido tradicional) por sobre otras formas de explotación. Así, se ha llegado

al extremo de homologar explotación y capitalismo, explotación y plusvalor, dejando a un lado *otras modalidades* de explotación, como el racismo y el sexismo, donde muchas veces la forma de la explotación no implica plusvalor (porque no hay forma-salario) sino más llanamente extorsión de trabajo gratuito. Por eso, propone justamente la extracción (extorsión) de trabajo gratuito como definición de la explotación, una de cuyas modalidades es la explotación salarial, mas no la única. Confundir explotación y plusvalor, es decir, confundir una forma general con una modalidad específica, “es un obstáculo para la articulación entre los diferentes modos de explotación” (Delphy, 2015, p. 95). Conduce, para Delphy, a invisibilizar o desestimar otras formas de opresión.

Frente a ello, propondrá una “teoría general de la explotación”, donde el lenguaje común para entender la lógica subyacente a las diferentes modalidades de la explotación es la *extorsión gratuita*.

3. Un diálogo posible: Fraser, Delphy, las teorías de la reproducción social y el feminismo materialista

Tanto Fraser como Delphy convergen al cuestionar una visión estrecha del capitalismo que considera que el núcleo de la injusticia es solo (pero también, ni más ni menos que) la explotación de los trabajadores asalariados (“free workers”) por parte del capital, a través de la plusvalía. Sin embargo, construyen distintos argumentos, que anudan no solo distancias teóricas, sino también diferencias en cuanto a los cursos de la acción política. Para comenzar a identificar las divergencias, incluso en el seno de un diagnóstico común (insuficiencia de una mirada crítica del capitalismo tradicional), es importante advertir que se trata de dos estrategias, que remiten a dos relecturas de Marx.

Fraser afirma: “mi estrategia radica en mirar, en primer lugar, a Marx, para luego mirar *detrás* de él, con la esperanza de arrojar nueva luz sobre algunas viejas preguntas” (2023, p. 27). Estos interrogantes son, por ejemplo, cómo definir al capitalismo (¿es un sistema económico, una ética, un orden social institucionalizado?), cómo caracterizar sus tendencias a la crisis, entre otras. Mirar *detrás* de Marx implica, para la filósofa, un “giro epistémico” que consiste en pasar del análisis de la explotación, a la reconstrucción y crítica del *trasfondo* de la explotación. Esto no es otra cosa sino advertir las condiciones que sustentan (que están debajo) del planteo marxiano [*background conditions of possibility for exploitation*]⁸. Implica, por ejemplo, dejar de hablar solo de la producción de mercancías para problematizar la *reproducción social*. La pre-

8- “La descripción de la producción capitalista postulada por Marx solo cobra sentido cuando empezamos a completarla con las condiciones de posibilidad que la sustentan” (Fraser, 2023, p. 33).

gunta central, "¿de dónde proviene el capital?", permite identificar la base de expropiación y saqueos que sustentan históricamente al sistema capitalista, no solo en su contexto de emergencia, sino replicándose: "La expropiación es un mecanismo de acumulación aún en marcha, aunque no oficialmente, que persiste junto al mecanismo oficial de explotación, 'el relato en primer plano' de Marx, por así decir" (Fraser, 2023, p. 33).

Así, "factores mercantilizados de las sociedades capitalistas coexisten con factores no orientados al mercado" (Fraser, 2023, p. 32). La semiproletarización (más que la tendencia a la proletarización) es la tendencia que se verifica, que expulsa a las personas del empleo formal a trabajos cada vez más precarizados, "zonas grises de la informalidad de las cuales el capitalismo extrae riqueza" (*ibid*). Fraser detecta aquí una suerte de "acumulación primitiva" en marcha, coincidiendo con otros análisis feministas como los de María Mies o Silvia Federici, por mencionar dos representantes claves. Estas "nuevas acumulaciones" periódicas operan como estrategia del capital para sortear las crisis e implican la expropiación de tierras, bienes, recursos a poblaciones enteras. Sin embargo, Fraser se basa, sobre todo, en los trabajos de otro reconocido investigador marxista, David Harvey, quien ha propuesto el concepto de "acumulación por desposesión" para comprender la lógica de funcionamiento del capitalismo actual, donde el motor ya no sería la extracción de plusvalor sino la desposesión.

La simultaneidad entre lo mercantil-capitalista y lo no mercantilizado, entre explotación y desposesión, es según Fraser "un rasgo constitutivo del ADN del capitalismo" (2023, p. 32), relación elusiva a la que prefiere no nombrar como "coexistencia", sino como "imbricación funcional" o "dependencia", y a la que, finalmente, nombrará como "canibalización" para marcar su costado negativo, más próximo a lo parasitario que a una codependencia simbiótica⁹. En suma, Fraser piensa que el capitalismo oculta y ataca sus condiciones de posibilidad, lo que está detrás de las "moradas ocultas" del capital. Construye, quizás podemos definirlo provisoriamente de esta forma, un sistema unitario, aunque no monolítico.

Diferente es el caso de Delphy, que, en *Pour une théorie générale de la exploitation*, plantea múltiples formas de extorsión de trabajo gratuito, situando al plusvalor como una más. Ella no piensa en términos de condiciones de

9- Según vimos en el primer apartado, Fraser cree que existen 4 precondiciones "no económicas" (no mercantiles) que sustentan (es decir, que son la base, la condición de posibilidad) del capitalismo: la reproducción social, la apropiación de la naturaleza, la división entre lo "económico" y lo "político" y la expropiación de riquezas a trabajadorxs que no son reconocidos como tales. Estas son las "moradas ocultas" tras la "morada oculta" del capital.

posibilidad del capitalismo (donde “capitalismo” sigue siendo el eje), sino que piensa en términos de la extorsión de trabajo gratuito.

Esta distancia entre ambas teorías permite comprender la diferencia –incluso en medio de muchas otras convergencias– entre el feminismo materialista en Francia y las teorías feministas de la reproducción social (TRS), representadas aquí por Delphy y Fraser, respectivamente. Para las TRS, el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado (TDCNR) es condición de posibilidad del sistema capitalista; es decir, está integrado en su funcionamiento y se lo comprende como forma de aumentar la extracción de plusvalor. Para Delphy, si bien es evidente que el TDCNR es útil al capitalismo y le permite obtener ganancias, este no es el rasgo específico que define al TDNRC y que explica su funcionamiento. Justamente porque, para la francesa, la explotación del trabajo doméstico no se deriva histórica ni lógicamente del sistema capitalista, sino de las relaciones sociales estructurales de sexo, en otras palabras, del patriarcado. Aun cuando beneficien al capitalismo, el grupo con intereses antagónicos aquí involucrado (si pensamos, por ejemplo, en el trabajo doméstico no remunerado) no son burgueses y proletarios, sino varones y mujeres (como clases sociales de sexo, en el sentido en que las definimos anteriormente).

De hecho, las feministas materialistas desarrollaron un concepto muy interesante que es el de “*rappports sociaux*” que, siguiendo a Jules Falquet (2017), podríamos traducir como “relaciones sociales estructurales” (para distinguirlo de las relaciones entre personas, vinculares, microsociales). Antes que en términos de sistemas (aunque a veces utilicen también esta expresión), entienden al sexismo, al capitalismo y al racismo como *relaciones sociales estructurales* (RSE), como tensiones que cruzan, atraviesan y organizan lo social, de manera dinámica e histórica; a su vez, estas configuran grupos con intereses antagónicos (clases sociales). Las RSE se coproducen, es decir, no existen independientemente, aunque teóricamente sea necesario aislarlas (pero también estudiarlas conjuntamente) para comprender sus rasgos específicos¹⁰. Y, advierte Delphy, no están jerarquizadas; o, podemos

10- Desde una perspectiva feminista materialista y decolonial, esto fue desarrollado *in extenso* por Jules Falquet en su obra *Imbricación* (2022), que aborda, precisamente, el vínculo entre diferentes RSE. También fue objeto de vastos análisis por parte de la socióloga Danièle Kergoat que, a pesar de que en nuestra región suele ser asimilada sin más al “feminismo materialista francés” (cf. por ejemplo Arruzza y Bhattacharya, 2020), de hecho no formaba parte de esta corriente. Kergoat produjo valiosos análisis sobre el carácter *co-extensivo* y *consustancial* de las RSE. El enfoque basado en las *relaciones* permite evitar, por su parte, la reificación y la sustantialización, por ejemplo, cuando se piensa “productivo” y “reproductivo” como “lugares” (arquetípicamente, “la fábrica” y “la casa”). Desarrollamos estas ideas en Bolla (2019).

añadir, no están *a priori* jerarquizadas, lo que implica que la primacía de una u otra RSE dependerá de los contextos (siempre históricos, situados) en los que se desarrollen.

La coexistencia de diferentes *rappports sociaux* distingue a la corriente feminista materialista de las teorías de la reproducción social¹¹, incluso cuando sea preciso tampoco homogeneizar las diferentes posiciones dentro de este último campo. Ya hemos mostrado algunas distancias entre Delphy y Fraser. Sin embargo, otras representantes de las TRS, como Bhattacharya y Arruzza (que han escrito, como es sabido, junto con Fraser), son más renuentes a descentrar la mirada más allá de la extracción de plusvalor.

A pesar de sus valiosos aportes, las TRS se encuentran permanentemente al filo de una paradoja entre reconocer la necesidad de ampliar el enfoque y mantener la centralidad de la explotación tradicional. Esta ambivalencia es evidente en el uso de la siguiente metáfora corporal:

pretender entender el sistema capitalista en su conjunto mirando sólo cómo se extrae el plusvalor, es como querer entender al ser humano mirando sólo cómo late su corazón. Una ecografía del corazón puede decirme muy poco sobre alguien: en todo caso puede indicarme que el corazón está andando bien (y el corazón es el órgano vital del cuerpo), pero no puedo decir nada sobre la persona. De manera análoga, la producción de valor y la extracción del plusvalor vía explotación es la parte latiente del sistema, pero limitándonos a mirar eso entenderemos poco acerca del sistema en su conjunto (Arruzza y Bhattacharya, 2020, p. 45).

La idea de la extracción del plusvalor como el “latido” se entiende, desde su perspectiva, por una primacía de la producción sobre la reproducción. En sus palabras, “pese a que puede no haber una jerarquía en términos políticos, sin embargo, la extracción de plusvalor y el proceso de acumulación tienen efectos condicionantes sobre el sistema en su conjunto” (Arruzza & Bhattacharya, 2020, p. 45). En otras palabras, la esfera productiva condiciona la esfera reproductiva de un modo que no es recíproco. Así, continúan Arruzza y Bhattacharya: “Determinan la duración de la jornada laboral, determinan qué tipo de luchas son necesarias; si la tasa de ganancia cae, determina qué servicios sociales se recortan, etc. Eso no significa que el capital tiene control directo sobre la esfera reproductiva pero sí significa que la acumulación de capital tiene efectos condicionantes en el conjunto del sistema” (p. 45).

11- Para profundizar en las diferencias entre feminismo materialista y feminismo marxista, tomando como hilo conductor la imbricación de RSE, ver Falquet (2024).

De allí se sigue su inscripción dentro de las llamadas teorías *unitarias*:

Si bien [la TRS] reconoce que el patriarcado fue un sistema de producción y reproducción en las sociedades agrarias, considera que ya no sucede lo mismo en las sociedades capitalistas. En otras palabras, las relaciones patriarcales están presentes en la sociedad capitalista pero no forman un sistema con lógica autónoma (2020, p. 64).

Volviendo a nuestro diálogo imaginario, podemos dejar planteadas dos posibles objeciones (aunque seguramente haya muchas más). Una posible crítica a Fraser, que tal vez podría realizarse desde una mirada feminista materialista, señalaría que postular al capitalismo como único sistema puede correr el riesgo de, nuevamente, jerarquizar opresiones o subsumirlas a una única explicación. La jerarquización, aun cuando se advierta que no es “política” (tal como hace Bhattacharya), identifica una esfera prioritaria y condicionante para el conjunto, que puede homogeneizar experiencias históricas y sociales diversas bajo una única lente. Ciertamente, las categorías suelen “seleccionar al dominante”, por decirlo en términos de María Lugones, y quienes sufren explotación por causa de una relación social, suelen ver esa relación como más importante que otras que quizás no los afecten directamente (Delphy, 2024). El riesgo, nuevamente, es caer en la trampa de “lo urgente *versus* lo necesario” (Grupo de Estudios sobre Feminismo Materialista, 2024) o reproducir los “arcaísmos del capital” contra los que nos prevenía Wittig.

Por su parte, una crítica a Delphy, que quizás podría hacer Fraser, la realiza Celia Amorós. En su análisis del feminismo materialista, Amorós argumenta que Delphy incurre en un “error categorial” (un tipo de falacia descrita por el filósofo G. Ryle) al no distinguir entre la *producción* propiamente dicha y las *condiciones de posibilidad* de la producción. La idea del género como “clase”, más precisamente, la “clase social de sexo”, es para Amorós un error de ese tipo. En su interpretación, el género no abre una relación propia con la producción, un sistema específico, sino que es condición de posibilidad de un capitalismo generizado.

El problema remanente –como mostró tempranamente Heidi Hartmann (1979), una de las principales representantes de las teorías duales anglófonas– es cómo explicar que existan precisamente esos grupos (y no otros), esas relaciones (y no otras). Porque la estructura económica, contrario a lo que pensaba Marx, no es anónima, sino que asigna posiciones bien diferenciadas en función de criterios claramente identificables: por caso, el sexo, la raza (en sentido social, no biológico ni esencialista). En palabras de Jule Goetchewa, las teorías unitarias “no explican qué sistema produce el ‘género’,

la 'sexualidad' y la 'raza' -por ejemplo, términos tales como 'mujeres' y 'varones', 'blancos y no-blancos'" (Goikoetchea, 2024b, p. 146). Las salidas que restan, desde la perspectiva unitaria, son o bien pensarlos como elementos culturales, tal como señala la filósofa vasca (lo que obliga a repensar, en el mejor de los casos, la escisión cultural/material); o bien entenderlos como arcaísmos de antiguas formas de producción, aunque resulta difícil pensar que se trata de relaciones arcaicas cuando gozan de excelente salud y se las encuentra vivitas y coleando (parafraseando una expresión de Delphy); o bien, en el peor de los casos, sencillamente pensar que se trata de atributos biológicos y sustraídos, por tanto, del análisis social (Goikoetchea, 2024a). Lejos de constituir meras disquisiciones teóricas, estas derivas involucran posicionamientos políticos divergentes en torno a qué se entiende por sujeto y acción revolucionaria, es decir, inciden (implícita o explícitamente) en las formas en que pensamos y realizamos acciones concretas, así como en los horizontes a alcanzar. ¿Reclamaremos, por ejemplo, una participación equitativa (corresponsabilidad) de varones y mujeres en el trabajo de reproducción social? ¿O, de modo radical, cuestionaremos la existencia misma de estas categorías (varones y mujeres) mostrando que, precisamente, son creadas a partir de esa división asimétrica y jerárquica del trabajo?

Con sus diferencias, tanto Delphy como Fraser coinciden en lo que esta última denomina un giro epistémico y que consiste en ampliar el análisis, de la *explotación* a la *expropiación* o *extorsión*. Delphy vuelve a Marx para retomar lo que, a su juicio, constituye el núcleo de su propuesta epistémica y política: la cuestión de la propiedad (o no) de los medios de producción. A sus ojos, la *extorsión* de trabajo sin la forma del salario/plusvalía es un denominador común que integra tanto el trabajo doméstico no remunerado (lo que Fraser aborda como "reproducción social") como la expropiación de trabajo de grupos o personas racializadas. Su análisis muestra que la "parte latente" del sistema no es la extracción de plusvalor (una modalidad de la extorsión, que se presenta bajo la forma-salario y que requiere una disociación entre "fuerza de trabajo" y lo que Colette Guillaumin denominó "máquina de fuerza de trabajo") sino, de modo más general, el *acaparamiento* de los medios de producción, la apropiación y la acumulación de allí resultante. El tema central, por tanto, no es solo el plusvalor sino la posesión/desposesión.

Fraser, por su parte, vuelve a mirar "detrás" de Marx, para mostrar que aquello que se consideran "problemas secundarios", el sexismo, el racismo, la destrucción del planeta y de las democracias, forman parte de las fuerzas centrales que sostienen al capitalismo. De hecho, su propuesta incluye, de manera central, la línea de color planetaria (W.E.B. Dubois) que divide "ex/ex", explotados de expropiados, retomando análisis del marxismo negro. La

división social racial del trabajo aparece como la clave para entender las respectivas posiciones *ex/ex*, es decir, las jerarquías. En una entrevista reciente, interrogada acerca de por qué pensar el trabajo de reproducción social en términos solo *reproductivos*, y no *productivos*, su respuesta fue sugerente: “El plusvalor no es toda la historia [*is not the whole story*]. Creo que los marxistas ortodoxos se concentraron demasiado en el plusvalor y no lo suficiente en la ganancia [*profit*]. La ganancia implica algo más que el plusvalor” (Goikoechea, 2024b, p. 307). Sin embargo, Fraser mantiene la idea de *expropiaciones* que son *sine qua non* de la explotación (bases o precondiciones del capitalismo).

Delphy, en cambio, propone una visión diferente –tal vez, paradójicamente a pesar de su apariencia de “sistema triple”, más “unitaria”– que piensa bajo la lente común de la *expropiación*, donde la explotación tradicional es *una más* de las modalidades posibles de extorsión de trabajo gratuito. Cuál de estos marcos analíticos nos resulte más atractivo dependerá, no solo de elecciones y convicciones políticas personales, sino también de los contextos en los que trabajemos, intervengamos, de los territorios y espacios que habitamos y del tipo de luchas que elijamos (o se nos presenten) de manera predominante.

A modo de cierre

Tanto Fraser como Delphy realizan una crítica a las miradas reduccionistas que pretenden explicar el funcionamiento del sistema capitalista a través de la existencia de una única contradicción (capital/trabajo) y desde la lente exclusiva de la plusvalía. Por eso, Fraser propone poner en centralidad los *trasfondos* del capital para hacer emerger lo soterrado, las condiciones de posibilidad de la explotación, que anidan un secreto todavía más profundo: “a la coerción sublimada del trabajo asalariado subyacen la violencia descarada y el robo desembozado” (2023, p. 34).

En el caso de Delphy, mostramos que cuestiona de forma más heterodoxa el modelo del plusvalor como medida universal de toda forma de opresión/dominación para denunciar las diferentes modalidades de la *desposesión*. Podemos preguntarnos, desde nuestra posición situada, qué costos pueden traer aparejados el abandono de un vocabulario marxista de corte más tradicional y si las condiciones están (o no) dadas para avanzar en una radicalización de este proyecto. En tiempos donde variantes de neoliberalismos ultraconservadores o nuevos fascismos ultraliberales se consolidan en nuestro país, pero también a nivel mundial, ¿será necesario pensar en resistir, desde los espacios ya conocidos? ¿O más bien, justamente, el contexto de profunda crisis puede ser oportunidad para proponer y explorar caminos aun no

recorridos? Reflexionando desde la Argentina, los fracasos electorales de las izquierdas tradicionales y la dificultad para la construcción de una representatividad popular masiva, parecen ser índice de una necesidad de revisar profundamente los esquemas marxistas ortodoxos¹².

Son tiempos en que surgen nuevos desafíos, nuevos movimientos reaccionarios, nuevas formas de organizar el trabajo (plataformización o “uberización”), nuevas maneras de comunicación. La escisión entre lo económico y lo político ha ganado protagonismo y ha permeado a través de las redes sociales, en medios hegemónicos, en conversaciones, entre descontentos profundos. La frontera entre explotación y expropiación se vuelve lábil, mientras crece la precarización y la retirada del Estado se descarga con más fuerza sobre sectores empobrecidos, mujeres, comunidades. En nuestro país, gana la presidencia un candidato que dice “manejar la economía” y que propone “desmantelar el Estado”, terminar con “la política”, reducida a la caricatura de la “casta” –acusación en la que se refleja como en un espejo–. El ajuste actual, aunque encuentra correlato en políticas iniciadas en la década de 1970, se distingue por la celeridad y la magnitud de las medidas de austeridad implementadas, al punto de que ha llegado a ser considerado como un “laboratorio” o experimento de la derecha internacional¹³. Dicho ajuste, que atenta contra la subsistencia del pueblo en favor de los sectores dominantes y los *lobbys* internacionales, vuelve evidente, con lamentable crudeza, la verdad sostenida por Fraser: bajo pretexto de perseguir los intereses “objetivos” de la economía, el capitalismo acaba por fagocitar el orden político-institucional que lo sostiene, la democracia. “Incluso en el mejor de los casos, la democracia en una sociedad capitalista es, forzosamente, limitada y débil” (2023, p. 188).

La serpiente que se muerde la cola representa el carácter eminentemente (auto)destructor del capitalismo, pero también evoca –es nuestra lectura– la imagen del tiempo circular, la persistencia de crisis periódicas y sistemáticas, que reanudan los despojos, las expropiaciones, las explotaciones y las violencias, en ciclos que solo la organización colectiva y las revoluciones pueden, como acontecimientos disruptivos, interrumpir. Por tanto, la lucha

12- Podemos evocar los porcentajes efectivamente obtenidos en las elecciones (por ejemplo, en las últimas presidenciales); aun cuando exista un crecimiento relativo de representatividad y una mayor visibilidad en las propuestas y plataformas, no deja de ser muy minoritaria en términos absolutos.

13- Véase, por ejemplo, el conversatorio “Los riesgos de la austeridad en el laboratorio de la Argentina de Milei” (2024), organizado por la Sociedad de Economía Crítica de Argentina y Uruguay y la Friedrich-Ebert-Stiftung. <https://www.youtube.com/watch?v=arhhjCpTdYo>

por la democracia debe conducirnos, sin dudas, a otros horizontes. Frente a un tipo de capitalismo semejante, resulta indispensable la construcción de un socialismo igualmente ampliado o, por decirlo con Delphy, de un feminismo materialista. Una alternativa que subvierta de manera radical las condiciones sociales de producción, lo que implica no solo la socialización de los medios productivos, sino también una profunda transformación del trabajo de reproducción social, de la forma en que nos vinculamos con la naturaleza no humana (animal y no animal), de cómo pensamos la democracia y los poderes públicos. Una lucha activa contra todas las formas de extorsión de trabajo gratuito, por decirlo en palabras de Delphy, que termine con la explotación a través del plusvalor, pero también con la expropiación y despojo a que se somete a grupos y poblaciones racializadas, cuyas resistencias son muchas veces lideradas y sostenidas por mujeres¹⁴, quienes enfrentan la persecución y la criminalización, arriesgando incluso la vida. Detener la parasitación y el canibalismo, instaurando el modelo contrario, que Fraser nombra como “sostenibilidad” y que pensadoras y militantes indígenas como Gladys Tzul Tzul (2015) denominan “reproducción comunal de la vida”. Volver a trazar los límites, problematizar las fronteras establecidas entre lo económico y lo político, entre producción y reproducción, incluso entre individuo y comunidad –otra de las antinomias coloniales– para redefinir colectivamente cómo queremos producir y vivir.

Referencias bibliográficas

Arruzza, C. & Bhattacharya, T. (2020). Teoría de la Reproducción Social. Elementos fundamentales para un feminismo marxista. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, VIII(16), 37-69.

Bolla, L. (2017). Judith Butler y la interpelación althusseriana: propuestas para una lectura sintomática. En R. Casale, M. L. Femenías & A. Martínez (comps.) *Espectros, diálogos y referentes polémicos: Judith Butler fuera de sí* (pp. 87-101). Prohistoria.

Bolla, L. (2019). La naturaleza del sexo: Relecturas sintomáticas del feminismo materialista [Tesis Doctoral, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata]. Memoria Académica. <https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jtel938>

De Miguel Álvarez, A. (2005). La articulación clásica del feminismo y el so-

14- “La participación de las mujeres ha sido decisiva en gran medida porque saben que lo que está en juego es el uso del agua, del bosque, de la tierra, de los cultivos de subsistencia; en suma, la gestión de la vida cotidiana” (Tzul Tzul, 2015, p. 96).

cialismo: el conflicto clase-género. En: C. Amorós & A. de Miguel (comps.) *Teoría feminista de la Ilustración a la globalización. Vol. 1: De la Ilustración al segundo sexo* (pp. 295-331). Minerva.

Delphy, C. (2015). *Pour une théorie générale de l'exploitation*. M. éditeur/Syllepse.

Delphy, C. (2024). ¿Antisexismo o antirracismo? Un falso dilema. En: L. Bolla, E. Debia, V. Estermann, M. Frega, M. Muro, G. Palermo, & V. Pasero (comps.) *Cuerpos marcados. Sexo, raza y clase* (pp. 199-228). Madreselva.

Falquet, J. (2017). La combinatoria straight. Raza, clase, sexo y economía política: análisis feministas materialistas y decoloniales. *Descentrada*, 1(1), e005. <http://www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe005>

Falquet, J. (2022). *Imbricación. Más allá de la interseccionalidad. Mujeres, raza y clase en los movimientos sociales*. Madreselva.

Falquet, J. (2024). Francophone materialist feminism, the missing link: Towards a Marxist feminism that accounts for the interlockedness of sex, race and class. *Capital & Class*, 48(2), 231-251.

Fraser, N. & Honneth, A. (2006) *¿Reconocimiento o redistribución? Un debate político-filosófico*. Morata. Trabajo original publicad en 2003.

Fraser, N. (2008). *Escalas de justicia*. Herder.

Fraser, N. (2015). Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism. *Critical Historical Studies*, 2(2), 157-189. <https://doi.org/10.1086/683054>

Fraser, N. (2020). *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Traficantes de Sueños.

Fraser, N. (2022). *Cannibal Capitalism. How Our System Is Devouring Democracy, Care, and the Planet and What We Can Do about It*. Verso.

Fraser, N. (2023). *Capitalismo caníbal. Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia*. Traducción de Elena Odriozola. Siglo XXI. Trabajo original publicado en 2022.

Goikoechea, J. (2024a) Idealism and biologicism in social reproduction theory: A materialist critique. *Capital & Class*, 48(2), 211-230.

Goikoechea, J. (2024b) Rethinking gender, race, and class from the concept of Labor– Interview with Nancy Fraser. *Capital & Class*, 48(2), 303-317.

Grupo de Estudios sobre Feminismo Materialista (2024). Introducción. La trama que permanece. Feminismos materialistas, opresiones y resistencias. En: *Cuerpos marcados. Sexo, raza y clase* (pp. 37-68). Madreselva.

Hartmann, H. (1979). The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: towards a more progressive union. *Capital & Class*, 3(1), 1-33.

Martín, F. N. (2021). Nancy Fraser: de la redistribución a la crítica del capitalismo. *Revista de Filosofía Diánoia*, 65(85), 161-192.

Mattei, C., Bohoslavsky, J. P. & Costantino, A. [Friedrich-Ebert-Stiftung en Argentina] (7 de mayo de 2024). *Los riesgos de la austeridad en el laboratorio de la Argentina de Milei* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=arhhjCpTdYo>

Tzul Tzul, G. (2015). Mujeres indígenas: Historias de la reproducción de la vida en Guatemala. Una reflexión a partir de la visita de Silvia Federici. *Bajo el Volcán*, 15(22), 91-99.

Wittig, M. (1992) *The Straight Mind and other essays*. Beacon Press.

Wittig, M. (2006) "Homo sum" en *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Egales. Trabajo original publicado en 1990.